

VII JORNADAS DE PSICOANALISIS RELACIONAL
Las raíces que nos unen
Una mirada clínica a la riqueza de las diferencias: raza, género, idioma, cultura.
Sigüenza (Guadalajara) 21 y 22 de Abril de 2023
Parador de Sigüenza
Organizado por el Instituto de Psicoterapia Relacional

NAUGRAGIOS Y TRAVESÍAS

PÉRDIDA Y DUELO EN JÓVENES MIGRANTES NO ACOMPAÑADOS

ABORDAJES DESDE LA ARTETERAPIA

Ruth Miras

En esta comunicación se presenta un proyecto de acompañamiento al duelo (migratorio), desde la arteterapia y con una mirada psicodinámica relacional, con población de jóvenes migrantes no acompañados. El proyecto se ha llevado a cabo con un grupo de jóvenes migrantes tutelados por la Comunidad de Madrid y así mismo con jóvenes ex-tutelados internados en un centro penitenciario.

Contexto del proyecto

La identidad migrante es una entidad viva, en movimiento y transición, que se intuye y se forma a partir del cruce de experiencias pre y post *travesía;* es un espacio intermedio, "entre-medio" (Bhabha, 1994), un cruce más o menos caótico entre los límites fronterizos, territoriales, culturales, lingüísticos, etc. (Schmidt-Welle, 2011; el Kadaoui, 2020).

El país de acogida podría llegar a ser, para estos niños y jóvenes, en el mejor de los casos, como una madrastra "suficientemente buena". Pero la realidad que se impone, es la de unos brazos de acogida que, en repetidas ocasiones, se convierten en la peor de las madrastras, del peor y más atemorizante de los cuentos infantiles; una madrastra que impone severidad, abandono, deprivación, negligencia… y que expone a la traumatización/re-traumatización (Bowlby 2006, Winnicott, 2000).

Estos jóvenes harán la travesía de la niñez a la adolescencia y de ésta a la adultez, atravesando los territorios de múltiples pérdidas y duelos, pero que serán poco reconocidos y atendidos a nivel social, y por ello, pueden presentar una mayor dificultad en el proceso de elaboración o metabolización del dolor causado por las pérdidas. Migrar solo (sin adultos de referencia), siendo un niño o un joven, convoca ineludiblemente a la soledad y el desamparo. Esto es debido, no sólo a las pérdidas objetivas y cuantificables que se suceden a lo largo de las travesías, también lo es, por el propio proceso de pérdida

que supone el tránsito de la niñez a la adolescencia, o de ésta a la adultez. Cuando este proceso se da de forma abrupta y obligada, por circunstancias de las que pende la propia vida, entonces este tránsito podría derivar en experiencia confusa. En esta travesía identitaria, los jóvenes tienen que sostenerse en medio de un mar de confusiones internas y externas y enfrentarse al "duelo doble" que refiere Van Essen (1999).

Para Freud "el duelo es, por lo general, la reacción a la pérdida de un ser amado o de una abstracción equivalente: la patria, la libertad, el ideal, etc." (1915) y Yalom (2011), por su parte, sostiene que la experiencia del duelo confronta al ser humano con los conflictos nucleares de la existencia, estos son: la muerte, la libertad, la soledad y la falta de significado vital. En ambos autores encontramos aspectos comunes que se encuentran presentes en el duelo migratorio y en especial en las experiencias de pérdida y duelo de los jóvenes migrantes no acompañados.

En el duelo migratorio la presencia del "paraíso perdido" toma fuerza en el plano simbólico (Boss, 2001). Es un duelo recurrente y prolongado en el tiempo, lo que dificulta su elaboración y predispone al duelo complicado. Es un duelo ambivalente que genera emociones contradictorias ante la necesidad de adaptación al nuevo medio y el anhelo del medio perdido, generándose resistencias ante el cambio y ante el proceso de aculturación (Falicov, 2001), y por ello, puede derivar en un duelo enmascarado o crónico en el que la elaboración de la pérdida se extiende en el tiempo sin ser metabolizada adecuadamente (Tizón, 2004). Este tipo de duelo puede generar regresiones psicológicas, es decir, pueden aparecer conductas infantilizadas, dependencias, recursos de afrontamiento poco adaptativos, defensas psicológicas primarias, debido al desbordamiento que produce en la persona la concatenación de eventos estresantes y traumáticos (González, 2005).

La soledad es uno de los estresores más importantes dentro de lo que se conoce como "Síndrome de Ulises" (Achotegui, 2006). Esta soledad, entre otros motivos, se instala por carencias profundas en el sentimiento de pertenencia ya que se está en los espacios intermedios, entre culturas, *entre dos mundos* (no se es del país de acogida, pero ya no se pertenece al país de origen). Esto puede llegar a retrasar, enmascarar o cronificar el duelo, sumar dificultades y complejizar las vidas de las personas migrantes y derivar en duelo complicado.

El sufrimiento silencioso que producen las pérdidas, en los procesos migratorios y en la etapa de tránsito entra la niñez/juventud y adultez, ha de encontrar cauces para su expresión. El arte juega el papel de contador de historias silenciadas, y permeabiliza lo que no se puede decir explícitamente con palabras.

Dice Cyrulnik que "no es el sufrimiento el que nos vuelve felices sino la victoria sobre el sufrimiento, la metamorfosis del sufrimiento en obra de arte" (2016)

¿Nos preguntamos si podríamos acompañar a estos jóvenes a metamorfosear el sufrimiento en obra de arte, como refiere Cyrulnik? Aunque sabiendo que toda metamorfosis supone atravesar un abismo, una caída al vacío, al caos, asomarse a un mundo de contradicción frente al lugar de lo conocido (por precario que este nos pareciera).

El proceso creador es el campo de experimentación o el transporte del largo viaje de las travesías, y las obras/creaciones son los espejos que reflejan pinceladas de realidades fragmentadas. Fiorini (2007) señala que: "Todo trabajo creador comienza en el lugar en que resuenan los términos de una contradicción…" La contradicción es precisamente uno de los elementos principales en los procesos de duelo en general y en los duelos migratorios en concreto, ya que confrontan ineludiblemente con múltiples pérdidas y obligadas sobre-adaptaciones a nuevos contextos y realidades en un tiempo acelerado.

Hay, en el duelo migratorio, una pérdida fundamental del vínculo con las **raíces que sustentan la identidad** y que deja expuestos a los jóvenes a las dificultades de los vientos del sentimiento de soledad y vacío, perdidos en un mundo de amplias contradicciones, de nuevos y extraños significantes y significados. Este no lugar o lugar de confusión puede comenzar a ser explorado a partir del proceso creador, al que las contradicciones y el caos inicial le son propias y necesarias.

En el proceso de *metamorfosis* del dolor ante las pérdidas, el arte puede ser un vehículo seguro para establecer procesos sublimatorios, es un canal de apertura, conexión y metabolización emocional, así como de aproximación indirecta a los conflictos y a los afectos. En relación a ello Peter Fonagy (2017) Sostiene que: "los pacientes se benefician claramente de su contacto con la arteterapia, incluso cuando otras modalidades no logran

llegar a ellos... sobre todo porque la arteterapia está más cercana a lo que ahora entendemos como las **raíces encarnadas de la conciencia humana** y la cognición".

Las dificultades ante la expresión emocional y la falta de redes de apoyo que acojan y sostengan las expresiones de dolor, dificultan los procesos de duelo, el proceso de aculturación y la integración de los jóvenes en el país de acogida. Se hace necesario generar entonces las oportunidades para el duelo tardío, ya que "las pérdidas múltiples sufridas durante el proceso migratorio privan a los supervivientes de rituales de duelo culturalmente aceptados; en cambio, deben encontrar oportunidades para el duelo *tardío*, sea emprendiendo actividades creativas por sí mismos u otras formas de expresión artística" (Ornstein, 2006).

Los procesos creadores, entendidos como procesos de transformación *per se*, son como ritos cuasi iniciáticos para la entrada a una nueva significación personal. Será importante, en los procesos de duelo, poder imaginar y crear espacios simbólicos que permitan construir un hogar interior.

Presentación de caso

Presentar un caso siempre implica un sesgo tanto en la elección de aquellos aspectos que decidimos presentar, así como en la forma en que estos son presentados. Un caso siempre transita por la tintura, más o menos espesa, de la subjetividad del terapeuta.

Presentamos a continuación un extracto del **Caso: *Musafir, el viajero solitario.*** *Musafir* es un joven de 16 años que vive en un piso de acogida, tutelado por la Comunidad de Madrid. Nació en Casa Blanca, en un contexto social de extrema pobreza y en una familia con estructura precaria. Se vio expuesto a la pérdida de cuidadores primarios en su infancia, quedando al cuidado de una abuela, que también fallece y de un hermano mayor que desaparece. En el transcurso de su travesía migratoria, que comenzó el solo con 12 años, vivió experiencias potencialmente traumatizantes (violencia y múltiples pérdidas).

Se da en este caso la clínica del déficit (Balint), déficit que implica una carencia y concatenación de experiencias de gran impacto, de forma continuada, es decir aparece lo traumático como resultado del sostenimiento en el tiempo, como *trauma acumulativo*

(Masud Khan, 2005), *o trauma complejo* (Herman, 1992). Para *Musafir* las fallas ambientales, potencialmente traumáticas, tanto por ausencia como por intrusión, han estado presentes, pudiendo dar lugar a una ruptura de la *continuidad existencial* previa a la travesía y a nuevas rupturas en su self durante y post-travesía (Winnicot, 1993).

Antes de tener la oportunidad de conocer a *Musafir* en persona y en contexto terapéutico, fui informada, por los profesionales de referencia del piso en el que vivía, de algunas cuestiones que les preocupaban y que les hacían sentirse poco seguros ante el. Me presentaron a *Musafir* como un joven antisocial, huidizo, poco hablador, paranoico, violento, con tendencias pirómanas y poco colaborador en las tareas que le son asignadas. Ha estado internado en dos ocasiones en un centro para menores infractores por hurtos y por amenazas a alguno de los trabajadores del piso de acogida.

La vida de *Musafir* parte de una orfandad afectiva, emocional y estructural, que orfandad que constituye al sujeto desde la falta de objeto primario "suficientemente bueno" (Winnicot, 2000), desde la falta básica (Balint, 1968), de investiduras narcisistas. Todo esto deviene en difusión de la identidad, que trae consigo experiencias de sufrimiento extremo y autodestrucción. Podríamos pensar en el cuerpo como el mapa de marcas de goce, que queda alterado por el trauma. La destrucción del cuerpo, se presenta como un puente entre el presente y todos los mundos sin espacio-tiempo que se despliegan como consecuencia de la experiencia traumática. Llevar el dolor al cuerpo es hacerlo propio, adueñarse de él, es concebirse y sentirse vivo en el presente. *Musafir*, como tantos otros jóvenes en su situación, presenta un cuerpo lleno de cicatrices, heridas, marcas; algunas son visibles y tienen un correlato que pareciera tener cierta coherencia, otras tienen una dimensión casi fantasmática y no se inscriben en ninguna narrativa posible. Las autolesiones son las huellas de un acto ritual que inscribe al sujeto en el cuerpo y en la vida; son como metáforas visuales, signos de autorreparación, que ponen de manifesto la importancia de la somatización corporal de la experiencia traumática. La dificultad para comunicar, para expresar da lugar al paso al acto a través de la lesión. El cuerpo de Musafir es una cartografía errática de las derivas y ausencias relacionales que pueblan su memoria emocional.

Cuando comenzamos el proyecto de arteterapia, *Musafir* falta el primer día por encontrarse en el centro de menores infractores; acude a la siguiente sesión, de forma obligatoria, por parte de la dirección del centro. Llega enfadado, le doy la bienvenida y trato de explicarle el funcionamiento de ese espacio terapéutico y de creación. Musafir permanece en silencio y con la cabeza baja, de vez en cuando me mira de reojo, pero permanece inmóvil. Se que tengo que darle el espacio necesario para que él pueda ocupar el lugar que pueda y quiera durante la sesión, ya que es un lugar nuevo y probablemente no seguro, y yo soy una persona ajena a su cotidianidad y probablemente ¿amenazante?; pero la concesión de ese tiempo y espacio no puede convertirse en una falta de mirada y en una dejación, que es a lo que él, tristemente, está acostumbrado.

En ese encuentro se le propone al grupo desarrollar la idea de crear una caja-maleta-emocionario en la que poder incluir los momentos importantes de sus vidas, a modo de *hogar* de las memorias y emociones.

Los jóvenes con los que hemos desarrollado el proyecto, han salido de su país de procedencia a penas sin pertenencias personales y las que portaban, en ocasiones, fueron perdidas en el camino. Cada caja/maleta es un pequeño hogar, un pequeño objeto/indicio de transición entre lo perdido y lo que se puede llegar a construir. Es también un pequeño espacio ritual en el que poder reflejar, expresar, simbolizar, tramitar… las experiencias de duelo y tránsito, donde el creador-protagonista hace las elecciones y construye su experiencia, invistiendo ese objeto de las ideas, recuerdos y emociones que necesita procesar. Pensamos en este acto como el rito de paso, de construcción de un hogar propio, que genere posibilidades de nuevas identificaciones saludables y de desarrollo identitario.

Todos los participantes comienzan a explorar el material[1] y a crear sus cajas-maletas-emocionarios, haciendo preguntas y poniendo atención en sus procesos creadores. Musafir, por el contrario, permanece sentado, inmóvil, en silencio, con la mirada hacia abajo. Después de un tiempo le pregunto si puedo sentarme a su lado, me

[1] Se ponen a disposición diversidad de materiales de creación plástica y también objetos y materiales recolectados, reciclados, material que a priori pareciera poco bello e inservible, puestos ahí como posibilidad transformación de lo que ha sido desechado, como lo han sido ellos en una parte de sus travesías vitales.

responde con un gesto aprobatorio un tanto rudo, y me dispongo a sentarme para buscar imágenes en las revistas que están sobre la mesa. *Musafir* me mira de reojo, voy seleccionando varias imágenes y hago pruebas con ellas sobre una caja, *Musafir* mira directamente a mi acción y aprovecho ese momento de encuentro de *miradas* para decirle que no siempre es fácil encontrar la forma de contar lo que necesitamos contar, pero que he encontrado las imágenes que creo me podrían ayudar, le doy las gracias por hacerme sitio a su lado y me levanto, Musafir me mira y pasados unos minutos comienza a ojear revistas.

En este movimiento, en este espacio transicional, trataba de hacer un suave acercamiento poco invasivo, de forma indirecta, sirviéndome de las posibilidades que ofrecen los materiales de creación (en este caso las revistas) a modo de objetos transicionales, a través de los surge una oportunidad de esbozar una posibilidad de *protovínculo*, en lo que pude percibir como un *momento ahora*, un momento cargado de esperanza y que vemos, a posteriori, que ha tenido un valor específico en la relación bidireccional y en el proceso terapéutico de *Musafir*.

Tras unos minutos, *Musafir* se levanta y se dirige a la zona donde están todos los materiales, comienza a explorar con interés y a elegir algunos de ellos. Regresa a sentarse en el mismo lugar que ocupaba, e inicia el proceso de creación de su caja-maleta emocionario. *Musafi*r ya está inmerso en el proceso creador, desde la reticencia inicial, el miedo, el caos, el vacío, se ha abierto paso a la creación. Después de un tiempo de creación *Musafir* me llama y me pide ayuda, en un castellano un tanto precario y no alcanzo a comprender del todo la literalidad de sus palabras, pero, emerge entre ambas subjetividades un diálogo, no oral, en el que se organiza la significación de un saber implícito compartido, que, "no requiere del pensamiento reflexivo o de la verbalización para ser, en algún sentido, conocida" (Lyons-Ruth, 1999). Es un momento que se abre a la sintonía afectiva y no tanto a la cognición y esta sintonía nos ofrece posibilidades de co-creación potencialmente transformadoras (para ambos).

Musafir sabe qué necesita contarnos en ese momento y busca la forma de hacerlo, le acompaño en su búsqueda, hasta que finalmente encuentra una solución creativa ante la ausencia de la imagen que buscaba y decide crear una imagen nueva a partir de recortes

de otras[2]. Finaliza su creación, su caja-maleta-emocionario y trata de explicar al resto del grupo qué quiere contar. El contenido de su creación habla de identidad, de ausencias, de violencia, de miedo, de injusticia y enfado ante ella, de la soledad, de las pérdidas, de las respuestas precarias ante el dolor, entre muchos otros emergentes.

Finalmente nos disponemos a realizar una Resignificación de los Naufragios y las travesías, a través de una cartografía y deriva objetual, a modo de recorrido simbólico, por el espacio expositivo que Casa Árabe nos ha cedido para el desarrollo de proyecto. Se establecen aquí narrativas compartidas que inspiran, sostienen y ayudan a repensar o revisitar las experiencias y huellas en el camino de vida. Una cartografía que abarca el cuerpo, el territorio, el espacio, el tiempo... Una cartografía que también convoca a la memoria declarativa, a las huellas de la memoria emocional y a las ausencias (pérdidas y duelo). La deriva objetual conduce a encontrar, en el terreno de la incertidumbre, posibilidades de construcción y emancipación identitaria. El arte objetual favorece una re-contextualización y nuevas asociaciones entre los objetos encontrados y con ellos poder crear nuevos mundos imaginarios y simbólicos. La deriva objetual, es en sí una especie de ritual, de peregrinación hacia lugares de subjetividad, también de intersubjetividad; cumple la función de espacio y/o camino simbólico lleno de conexiones para la transformación. La ritualización es un asidero de permanencia, una labranza de significación de lo silencioso o lo silenciado, una apertura a los potenciales de la creatividad, al servicio de la continuidad existencial.

Para la cartografía de la travesía, se les propuso que trajeran algún objeto que para ellos simbolizara su propia travesía de vida; Musafir, al no venir a la primera sesión y no ser informado de ello, no trajo ningún objeto, pero pudo escoger uno de los que había entre los materiales de creación, en concreto un mapa de la Ciudad de Madrid, al que se refirió como algo que deberíamos tener todas las personas, *un mapa para no perdernos, para no ser perdidos.*

[2] Sirve aquí el *Collage* como forma de vehiculizar una narrativa. El *collage* que se compone naturalmente de fragmentos abre posibilidades de hilar una vida fragmentada.

Con el objeto ya seleccionado, cada uno de los participantes comienza su propio recorrido por el espacio expositivo a la búsqueda de alguna fotografía[3] que les pudiera servir de espejo en el que mirarse. La Cartografía comienza desde un lugar de partida y de regreso, común para todos; cada uno de los participantes llevará consigo una madeja de lana que servirá para ir tejiendo el mapa de su travesía y generar cruces de caminos y también a modo de red de seguridad, de hilo conector con un origen-matriz de cuidado a la que regresar[4], si esa deriva supusiera una experiencia intolerable para ese momento y no quedar, así, a la deriva del sentimiento de abandono.

Musafir elige una imagen en la que aparece un joven con aspecto duro, desafiante y tatuado (marcado el cuerpo, como lo está el suyo de cicatrices). Al lado, otra imagen en la que aparece un cochecito de juego infantil en un espacio solitario, un tanto desolador. *Musafir* coloca el mapa a los pies de las fotografías y trata de explicar que esa es como su vida: *soledad, sin infancia, hacerse fuerte, saber defenderse.*

Ese día, cuando *Musafir* salía por la puerta, se iba sonriendo, hablando con un compañero y con la mirada hacia el frente. Acudirá puntual a las siguientes sesiones y, aunque silencioso, con la mirada presente y habiendo conservado ese espacio mutuo que fue creado en el primer encuentro, y que le permitió dar a conocer cuestiones que para él ocupan un lugar central y que no había podido compartir, hasta el momento, en un espacio grupal y terapéutico. *Musafir* encontró en ese espacio y en el tiempo suspendido que implica el proceso creador, un vehículo de transmisión que le abrió una *segunda oportunidad* (Ballint) para desplegar una parte de sus potencialidades a través un proceso creador compartido.

Entendemos que no estamos ante una transformación repentina, sino ante una tímida apertura desde la que, en el marco de un encuentro de mutualidad, de una relación

[3] Exposición de fotografía “Barzhak. Entre mundos” que estaba expuesta en ese momento en Casa Árabe y que nos permitieron intervenir y transformar el espacio expositivo para ese proyecto.

[4] Falta nota.

implícita compartida (Avila-Espada, 2005), pudieron emerger algunos tímidos brotes de futuro.

A modo de cierre

Antes de comenzar este proyecto, nos preguntábamos cómo acompañar terapéuticamente a personas cuyas raíces culturales están sumergidas en aguas de las que no hemos bebido y con las que además no compartimos un idioma común. Desde aquí nos planteábamos como condición *sine qua non*, contar con la presencia de un/a profesional de la mediación intercultural, que sirviera, no solo de traductor lingüístico, sino de traductor de códigos culturales, muchos ajenos a nuestro conocimiento. Si bien, anotamos como posible la colaboración de esta figura profesional, esta será favorable o no al proceso terapéutico, en función de cómo se despliegue su presencia en el mismo, qué lugar pueda llegar a ocupar sin robar tiempo/espacio y genuinidad al vínculo terapéutico, a la relación y al proceso.

Decía Borges que "cada lenguaje es una tradición, cada palabra un símbolo compartido". Entendemos que la palabra, el lenguaje, los significantes con sus significados y las interpretaciones que hacemos de estos, crean, en gran medida, las diversas realidades en las que cada *sujeto* ha de emerger como tal. Tras este proceso nos preguntamos, si las palabras y los significantes desterrados de su cultura madre serían contenedores vacíos, sin destino, ni estrategia, sin poder de significación ni de simbolización; o si, por el contrario, podríamos, en el universo del inconsciente bipersonal y de la relación implícita compartida, enlazar con las **Las raíces que nos unen, acogiendo la riqueza de las diferencias de raza, género, idioma o cultura,** eludiendo los peligros de la *Historia única.* Será necesaria la *humildad intercultural*, una conciencia de no saber, una curiosidad viva que conduzca a la búsqueda de sentires compartidos y no tanto de conocimientos a trasladar en la relación ineludiblemente asimétrica que se establece. Habitaremos siempre el espacio de la brecha, un intersticio de diferenciación cultural o vacío contextual, que podrá ser transitado sin dificultad y abrir camino a la simbolización, durante el proceso creador y que se sostiene entre la red de seguridad tejida con la escucha, la mirada, la presencia, el vínculo, el saberse conectados en lo esencial y

genuino de la experiencia de ser… ya que "la vida es ese abrir brecha, que luego se ve que es camino" y "Solo cuando la mirada se abre al par, de lo visible nace una aurora" (Zambrano, 2004)

Referencias

Achotegui, J.(2009). Migración y salud mental. El síndrome del inmigrante con estrés crónico y múltiple (Síndrome de Ulises). *Zerbitzuan, 46*, 163-171.

Ávila Espada, A. (2005). *Al cambio psíquico se accede por la relación. Intersubjetvo: revista de psicoterapia psicoanalítca y salud, 7. recuperado el 8 de octubre de 2017, de* https://www.psicoterapiarelacional.es/portals/0/Documentacion/AAvila/A_Avila_Al%20cambio%20psiquico_V7N2.pdf

Balint, M. (1968). *The Basic Fault: Therapeutc Aspects of Regression.* London: Tavistock.

Borges, J. L. *Obras Completas II (1952-1972)*. (1996). Emecé.

Boss, P. (2001) *La pérdida ambigua. Como aprender a vivir con un duelo no terminado*. Gedisa

Bowlby J. (1996) *Una base segura*. Paidós

Bowlby, J. (2006) *Vínculos afectivos: formación, desarrollo y pérdida.* Morata.

Casado, C. (2003). *La concepción de la emoción desde una perspectiva intercultural. El concepto de emocionado en varios idiomas y culturas*. Universidad Autónoma de Madrid. Tesis Doctoral.

Casado, C. (2006). El concepto de emoción español emocionado. *Revista de Psicología Social, 21* (1), 75-94.

Cyrulnik, B. (2001). *La maravilla del dolor: el sentdo de la resiliencia.* Granica

El Kadaoui, Saïd (2008). *Límites y fronteras*. Milenio.

Falicov, C. (2001). Migración, pérdida ambigua y rituales. *Perspectivas Sistémicas, 69,* 81-102.

Fiorini, H. (2007). *El psiquismo creador*. Col. Música, Arte y Proceso.

Freud, S. (1915). Duelo y melancolía. En S. Freud (1914-16), *Obras completas. Tomo XIV* (p. 241- 248). Amorrortu editores.

González, V. (2005). El duelo migratorio. *Trabajo Social*, 7, 77-79.

Neimeyer, R. A. (2002). *Aprender de la pérdida. Una guía para afrontar el duelo.* Paidós Ibérica.

Ornstein, A. (2006). Artistic creativity and the healing process. *Psychoanalytic Inquiry 26:386- 406.*

Tizón, J. L. (2004). *Pérdida, pena, duelo. Vivencias, investigación y asistencia.* Fundació Vidal i Barraquer y Paidós.

Winnicot, D. (2000). *Realidad y juego.* Gedisa

Yalom, I. (2011) *Psicoterapia existencial*. Herder.